

FRONTERAS EN AMÉRICA DEL NORTE EN EL SIGLO XIX (1821-1898)

Alfredo Jiménez Núñez

América del Norte, entendida como hemisferio, es un excelente campo para el estudio de los fenómenos de frontera. Los procesos de frontera brindan, a su vez, interesantes datos y explicaciones sobre las relaciones entre países, sobre la historia interna de cada uno, y acerca de la conducta de algunos de sus líderes. No obstante, y a pesar de la variedad e importancia de los fenómenos de frontera en la América hispana —tanto colonial como republicana—, la frontera en cuanto campo específico de investigación no ha recibido una atención proporcional, ni siquiera por parte de los historiadores que escriben en español a un lado y otro del Atlántico sobre su América. Este vacío historiográfico se hace más evidente si se compara con la historia elaborada en los Estados Unidos sobre su propia frontera o expansión hacia el oeste, en gran medida realizada a costa de la frontera norte de Nueva España/México.¹ Pretendemos en este ensayo un análisis y reflexión sobre lo que ocurrió en América del Norte en el siglo diecinueve en cuanto a política de fronteras —sin olvidar los antecedentes y consecuentes de los grandes hechos de aquel siglo—, pues fue en ese tiempo, y en tres actos, cuando quedaron establecidas las actuales fronteras políticas. Cien años de historia proporcionan un marco temporal amplio para el análisis. Otros cien años desde la guerra hispano-norteamericana brindan una conveniente perspectiva para la interpretación de un proceso que no fue cuestión de historia puramente política o de relaciones internacionales. En realidad, las variables socioculturales, según las define la antropología, desempeñaron entonces y ahora un papel de especial relevancia.

Europa y el Nuevo Mundo: fronteras imperiales

Walter Prescott Webb, uno de los historiadores de la frontera más prestigiosos de los Estados Unidos, publicó en 1952 *The Great Frontier*,² una obra que hoy está a mitad de camino en el tiempo entre el famoso ensayo de Frederick Jackson Turner y nuestro final de siglo.³ La obra de Webb ofrecía, entre otras notas singulares, un planteamiento de la frontera en perspectiva intercontinental y una profundidad de casi quinientos años, cosa rara en una historiografía sobre la frontera tan *doméstica* y limitada a los Estados Unidos.

El Nuevo Mundo se presentó a Europa, de repente, como una oportunidad para la expansión territorial. La pequeña Europa, donde se apretaban reinos o naciones cuyas fronteras tradicionales eran cordones de castillos o líneas trazadas a veces por ríos minúsculos, encontró en el doble continente americano espacios inmensos para la construcción de imperios. La frontera adquirió en América significados nuevos: el Nuevo Mundo constituía un territorio prácticamente infinito que había que explorar, conquistar, explotar y poblar. Los objetivos concretos y los métodos fueron tan diferentes como los sistemas

culturales de las naciones europeas, sin contar con las diferencias impuestas por la naturaleza, la población indígena y otras circunstancias como las que tenían que ver con principios teológicos y jurídicos. Ni siquiera dos estados tan próximos en geografía y cultura como España y Portugal, coincidieron en su concepto y método de colonización.

Los españoles llamaron a todo su espacio americano “las Indias”. El término común fue muy desde el principio “América”, aunque hubiera sido más acorde con la historia llamar “Nueva Europa” al Nuevo Mundo. El hemisferio norte ofrece en este sentido un dato muy significativo: Nueva España, Nueva Francia, Nueva Inglaterra fueron concebidas, según indican sus nombres, como prolongación del territorio metropolitano. El espacio americano fue también arte y parte en las centenarias rivalidades entre potencias europeas. Apetencias económicas, diferencias religiosas, pagos, compraventas, cesiones, usurpaciones tuvieron por escenario o moneda de cambio las tierras americanas.

Desde el siglo dieciséis y durante más de trescientos años, las Américas estuvieron divididas y organizadas de acuerdo con fronteras imperiales. El hemisferio sur se lo repartían por un curioso acuerdo, España y Portugal, aunque las fronteras más efectivas — en cuanto barreras o elementos de separación— las creó y mantuvo la madre naturaleza. La excepción fue un pequeño espacio, en términos relativos, donde la selva no era factor dominante y la densidad y proximidad de la población hispano-portuguesa mantuvo una situación de conflicto. Aquel espacio tuvo, sin embargo, un elemento unificador representado por la Compañía de Jesús, española de origen pero universal en sus miras. Ese mismo espacio es hoy escenario del primer gran proyecto de integración iberoamericana.⁴ La independencia creó en América del Sur muchas fronteras nacionales, pero el panorama general siguió siendo bastante simple o dual: un Brasil de lengua portuguesa y ocho repúblicas de lengua española.⁵

América Central —intermedia por tantos conceptos desde los tiempos prehispánicos— ha sido blanco preferente de apetencias económicas y de intereses estratégicos e ideológicos. No en vano es el fondo de un mar Caribe tan transitado y disputado desde hace cinco siglos contrario. La emancipación no alteró la clara condición hispana de América Central, aunque su fragmentación fue quizá tan excesiva como coincidente con la vieja estructura colonial. De la antigua audiencia de Guatemala surgieron hasta seis naciones. Guatemala, Honduras, Nicaragua y Costa Rica habían sido reinos o gobernaciones. La alcaldía mayor de El Salvador también se convirtió en nación soberana, mientras que la alcaldía mayor de Chiapas quedó incorporada a la república de México. Los límites administrativos se convirtieron en fronteras nacionales.

En todas las longitudes y latitudes, España tuvo que hacer frente a innumerables fronteras interiores, que en muchos casos heredaron las jóvenes repúblicas. Eran fronteras ecológicas y étnicas que, a su vez, España había heredado del mundo indígena. Pero la frontera por antonomasia del imperio español en América fue el norte de Nueva España, frontera ecológica y cultural en tiempos prehispánicos, cuando los aztecas consideraban el norte árido como tierra de *chichimecas* o bárbaros. Sin perder completamente este carácter, América del Norte se convirtió a partir del siglo dieciséis en el gran escenario de las fronteras imperiales del Nuevo Mundo.⁶

México-Estados Unidos en el siglo XIX

En el último cuarto del siglo dieciocho, España trataba de reorganizar su gran frontera norte en el marco de lo que se llamaron las Provincias Internas. Era un tardío intento por defender el septentrión de su imperio de las depredaciones de los indios y de la política expansionista de otras naciones, entre las que pronto empezó a contar la nueva república desmembrada de Inglaterra. A principio del siglo diecinueve, Francia desapareció de la geopolítica del hemisferio tras la venta de la Louisiana a los Estados Unidos. A lo largo de la misma centuria, Canadá fue consiguiendo una mayor autonomía, que en la práctica también supuso la eliminación de Inglaterra del panorama político.

El primer gran hito de la historia de América del Norte en el siglo diecinueve fue la independencia de México, consumada en 1821. Era el fin de la frontera imperial hispana, aunque poco tiempo pudo disfrutar o disponer México de los inmensos territorios que habían sido el Lejano Norte español. El desplazamiento de la *American frontier*, o expansión hacia el Oeste por parte de los Estados Unidos, llevó al enfrentamiento de las dos repúblicas. Una guerra prefabricada terminó en 1848 con la firma del tratado de Guadalupe Hidalgo por el que México cedía lo que le quedaba de Nuevo México y Colorado desde la anexión de Texas en 1845, más los territorios de Arizona, Utah, Nevada y California.⁷ Cincuenta años después, otra guerra puso fin a cuatro siglos de administración española en el Nuevo Mundo. Estos son los hechos bien conocidos. Tratemos ahora de interpretarlos en su naturaleza y consecuencias.

Una nueva frontera imperial y republicana

El tratado de Guadalupe Hidalgo es el segundo gran hito en la historia del siglo diecinueve. Una potencia americana heredaba y mantenía viva la tradición imperial, que hasta entonces habían protagonizado naciones europeas. A veintisiete años de su independencia, México era víctima de la política expansionista de los Estados Unidos. Como los pueblos y las naciones tienden a justificar o enmascarar sus grandes acciones agresivas con algo más que la fuerza de las armas, Estados Unidos no fue una excepción.⁸ En 1823, sólo dos años después de la independencia de la América continental española, se esbozó la política que lleva el nombre del presidente James Monroe, sintetizada para la posteridad en la afirmación “América para los americanos”. El tiempo ha puesto de relieve el contraste entre la ambigüedad semántica de la frase y la claridad política de su intención. La Doctrina Monroe establecía que los Estados Unidos no permitiría futuras intervenciones de las naciones europeas en las Américas, aunque dejaba la puerta abierta a la acción de la nueva gran potencia, que se convertía de hecho en el gendarme del doble continente.

Fue un periodista, editor de la revista neoyorquina *Democratic Review*, quien acuñó otra expresión que en sus dos palabras contenía más intención y efectividad que las antiguas bulas papales: *manifest destiny*. Escribía John L. O’Sullivan en 1844 que era el destino manifiesto de los Estados Unidos extenderse por el continente que la Providencia le había asignado. La pura política económica tomaba tintes de misión, aunque no se trataba de propagar la fe cristiana sino los principios y dogmas de la democracia. Se abría para los Estados Unidos la conquista del Oeste. La frontera en cuanto espacio y frente dejaba atrás el Mississippi para avanzar de manera incesante y sistemática hasta las costas

del Pacífico. La primera gran consecuencia de la filosofía del destino manifiesto fue la guerra con México. Su antecedente más inmediato, la anexión de Texas. Pero ya en esos años los ojos estaban puestos en el Caribe y más allá. Antes de final de siglo, la política de expansión llegaría tan lejos como las Filipinas.

Dos culturas, dos fronteras

El avance de los Estados Unidos en dirección oeste significó mucho más que el cambio de mano de unos territorios. Las consecuencias de aquella cesión forzada se dejan sentir hoy más que ayer porque pertenecen al complejo ámbito de la cultura, no sólo de la política. Los territorios que habían sido de España, y después de México, son desde hace siglo y medio escenario del choque y la coexistencia de dos culturas. A la frontera norte de Nueva España/México había llegado la *American frontier*. En un mundo hasta entonces hispánico penetraba otro muy distinto, el anglosajón. Como telón de fondo estaba la población indígena, que en el Norte mexicano y en lo que hoy se conoce como Suroeste había mestizado a la población española.

La *American frontier* es tanto un gran fenómeno social como historiográfico si tenemos en cuenta su enorme dimensión en ambos aspectos. Estados Unidos ha hecho de su frontera una filosofía, una leyenda, un mito sobre el que construir su identidad nacional. La ingente obra de decenas y decenas de autores a partir de Turner ha creado una historiografía de la *frontera* y del *Oeste*, dos conceptos que se complementan y en cierto modo se confunden.⁹ Esta historiografía se alimenta de aquella empresa ciertamente espectacular y, al mismo tiempo, moldea y refuerza determinadas interpretaciones del pasado. Una de las características más evidentes de esta bibliografía —la que más interesa en este momento— es la ignorancia o el desprecio por la frontera hispana. Los *pioneros* angloamericanos avanzaron hacia el oeste con la percepción de que lo hacían por unas tierras vacías o, todo lo más, ocupadas por una población indígena salvaje e irremisible, o por una población hispana, o más bien mexicana, miserable y llena de vicios.¹⁰ Antes de mediar el siglo diecinueve ya circulaban en las ciudades del Este estereotipos muy negativos sobre la población de habla española que habitaba desde hacía siglos unos territorios que muy pronto serían parte de la Unión. La guerra con México aprovechó esta circunstancia y reforzó los prejuicios que desde entonces forman parte de la visión que tiene el *anglo*, como exponente de la sociedad y la cultura dominantes de los Estados Unidos, de sus vecinos del sur. Esta visión se extiende y se agrava en sus efectos en relación con la creciente población que hoy se engloba bajo el término de *Hispanics*.

En los últimos años ha surgido una corriente revisionista entre los historiadores del Oeste conocida como la *New Western History*. Es una corriente profundamente desmitificadora y crítica de lo que hasta ahora se había considerado, con algunas excepciones, como una gesta, una gran empresa del hombre blanco en su imparable marcha hasta las costas de California. La *New Western History* defiende, como parte o apéndice de su filosofía, la necesidad de tener en cuenta las minorías despreciadas o ignoradas (el indio, el mexicano, la mujer), y denuncia los daños ecológicos que se produjeron en la frontera.¹¹

La guerra hispano-norteamericana

El tercer gran hito, que cierra un siglo y abre otro en la historia del hemisferio norte, fue la guerra de 1898 entre Estados Unidos y España. Justo cincuenta años después de la firma del tratado de Guadalupe Hidalgo, Estados Unidos fabricó contra España una guerra que resultó ridícula en su dimensión militar, vergonzosa en sus motivaciones, y espectacular en sus logros para la potencia vencedora. Los datos hablan por sí mismos. La primera acción bélica tuvo lugar en las Filipinas para anular la escuadra española y evitar su intervención en el Atlántico. Todo duró siete horas y entre las fuerzas atacantes sólo murió un marinero. Unas semanas después le llegó la hora a la escuadra española en el Caribe. Todos los barcos españoles fueron hundidos al intentar salir a mar abierto en la bahía de Santiago de Cuba. Murieron 500 marinos españoles y sólo un americano. Las bajas en tierra fueron para los Estados Unidos de unos 380 muertos en combate, más 5.000 soldados que murieron por enfermedad y otras causas. La precipitación de las tropas americanas por entrar en acción, su falta de preparación y adaptación al terreno, y la proximidad de los soldados españoles, a diferencia de lo que había sido la desigual batalla naval, explican estas cifras.

En la Conferencia de París de diciembre de 1898, España se vio obligada a vender las Filipinas por veinte millones de dólares y a ceder la estratégica isla de Guam. Además, España renunció a todo derecho sobre Cuba y cedió Puerto Rico, que ya había reclamado el presidente McKinley como indemnización por los daños y pérdidas sufridos durante la guerra. Hasta aquí, hechos bien conocidos sobre los conflictos del siglo diecinueve entre los Estados Unidos, por una parte, y México y España, por otra parte. Trataremos de interpretar en las páginas que siguen tales hechos en su verdadera naturaleza y en sus consecuencias.

Imperialismo y fronteras

Hay diversos tipos de frontera porque son muchas las variables que intervienen en su nacimiento, configuración y desarrollo temporal.¹² Basta comparar las fronteras de la América española con la frontera angloamericana para observar notables diferencias entre ellas. Las fronteras hispanas respondieron a unos objetivos marcados por la Corona y la Iglesia. Sus creadores fueron los particulares en el papel de exploradores y conquistadores sujetos a leyes y ordenanzas muy explícitas. Apenas consumada la conquista, y con frecuencia sin esperar a una pacificación efectiva de la tierra, se fundaban ciudades y se establecían reinos o gobernaciones. La frontera angloamericana, por el contrario, fue esencialmente la obra de los *pioneros*, gente sin patrocinio oficial en una empresa con escasa o ninguna intervención del gobierno, que simplemente fue incorporando los espacios previamente ocupados, primero como territorios, después como estados de la Unión. Son elocuentes en cuanto a las diferencias de política y de ritmo los siguientes casos: Nuevo México se fundó como reino o provincia de Nueva España en fecha tan temprana como 1598; Texas fue admitida como estado de la Unión en 1845, California en 1850. Sin embargo, Nuevo México y Arizona no lograron su condición de estado hasta 1912. Hay, no obstante, explicación para estas diferencias. La demora de los Estados Unidos se debió a la importancia de la población hispana y a la vecindad de estos dos estados con la repúbli-

ca de México. El control federal siempre era más fácil y efectivo sobre un territorio que sobre un estado.

En el mismo siglo que las potencias europeas se repartían el continente africano, los Estados Unidos crearon su propio imperio continental al establecer sus fronteras nacionales entre los límites con Canadá y la nueva frontera con México, sin más límite hacia el oeste que las costas del Pacífico. Los derechos de los pioneros a la ocupación de la tierra se basaban en la consideración de que eran tierras deshabitadas, sin dueño (*empty land, free land*), pues la ocupación por parte de los indios o de la población hispana no contaba. La frontera española había avanzado a caballo, en mula y en carretas, únicos medios disponibles con anterioridad a la Revolución Industrial. La frontera angloamericana también avanzó a caballo y en carretas, pero en línea paralela con el ferrocarril. Eran otros tiempos y —salvo el episodio de California, la popular “fiebre del oro” o *Gold Rush* de 1848— el oro y la plata, que habían encandilado a los españoles, fueron sustituidos por la adquisición de tierra para el cultivo y la cría de ganado. Los pioneros del Oeste americano no buscaban la gloria ni la riqueza. Su mentalidad era básicamente protestante en cuanto a la concepción del trabajo; su gran motivación era escapar de la miseria de Europa o del agobio de los centros urbanos del Este. En este sentido, la frontera funcionó como una válvula de escape o de seguridad (*safety valve*, según la historiografía del *American West*). No obstante, y a pesar del escaso o nulo intervencionismo oficial, la frontera angloamericana surgió y avanzó en el marco de una política imperial que servía para satisfacer ambiciones personales e intereses económicos. El petróleo y el ferrocarril, entre otros recursos, fueron el origen de grandes fortunas y de una plutocracia que, salvando las distancias de tiempo y lugar, se correspondía con las antiguas aristocracias europeas.

Interesa aquí, de manera especial, la variable política de las fronteras de América del Norte. Ya se ha mencionado el efecto combinado y sucesivo de la Doctrina Monroe y del destino manifiesto. Añadamos que la anexión en 1848 de los inmensos territorios mexicanos se redondeó con otra faja de tierra incorporada en 1853 al actual estado de Arizona. La cesión se conoce como la *Gadsden Purchase*, por el político que firmó la compra de un espacio donde, según se sospechaba en Washington, el presidente Franklin Pierce (1853-1857) pretendía introducir la práctica esclavista. Eran casi las vísperas de la Guerra Civil, y a Pierce se le clasificaba como *doughface*, término aplicado a los políticos del Norte que simpatizaban con los principios esclavistas del Sur. Para debilitar el debate nacional sobre la esclavitud, el presidente Pierce puso en marcha su programa *Young America*, cuyos objetivos eran México, Honduras, Nicaragua, Hawaii y las islas que conservaba España en el Caribe. En el mismo año de la *Gadsden Purchase*, la marina de los Estados Unidos abrió al comercio los puertos japoneses. No bastaba la expansión por el continente y se apuntó ya a mares y océanos.

La consumación de una política de expansión territorial más allá de tierra firme, o *mainland*, correspondió a un hombre ambicioso, que se aprovechó de unos años de depresión económica, conflictos laborales y exaltación popular de la fuerza física y la violencia. Fue Theodore Roosevelt el impulsor de la guerra contra España desde su cargo de secretario adjunto de la Armada, contando con el arma poderosa de una *prensa amarilla* sólo interesada en vender más ejemplares que la empresa rival. Tuvo también a su favor la teoría del marino e historiador Alfred Thayer Mahan, quien había escrito en

1890 que Estados Unidos, para ser fuerte, tenía que vender sus productos en todo el mundo, y ello exigía una marina poderosa que protegiera los mercados internacionales. La ambición política se aliaba con los intereses económicos. Particularmente efectiva fue la actuación de la prensa, que ganó para la causa la opinión pública, requisito formal e imprescindible en una democracia. Una vez más, como había ocurrido con el avance de la frontera hacia el oeste, funcionaron los viejos prejuicios antihispanos. Artículos, reportajes y *cartoons* presentaron una España cruel e intolerante, y una Cuba a la que había que liberar. El éxito de lo que se llamó *splendid little war* le valió a Roosevelt la vicepresidencia de la nación. El asesinato de McKinley en 1901 le elevó a la presidencia. Antes de que acabara su segundo mandato, recibió el premio Nobel de la Paz, una prueba más del poder de la imagen convenientemente proyectada ante la opinión. Teddy Roosevelt amó, ciertamente, la naturaleza salvaje y adquirió fama de conservacionista. Hoy se le llamaría ecologista, aunque fue un gran matador de elefantes y animales de otras especies de África y América del Norte. Su entusiasmo por la guerra contra España tampoco fue obstáculo para la concesión del Nobel de la Paz de 1906.

Las fronteras de América del Norte cien años después

A la vista de un mapa político mudo, sólo distinguido en sus partes por líneas internacionales y colores, se diría que las fronteras de América del Norte y del Caribe quedaron definitivamente fijadas en 1898. De norte a sur, Canadá, Estados Unidos y México. En el Caribe, Cuba independizada de España; Puerto Rico, estado libre asociado de los Estados Unidos; la República Dominicana y Haití repartiéndose la antigua isla de Española. Y numerosas islas menores ligadas a los propios Estados Unidos o a potencias europeas, o disfrutando de una soberanía más teórica que efectiva.¹³ Dando un salto sobre México y las repúblicas centroamericanas, encontramos la Zona del Canal, a la que he llamado una frontera enquistada.¹⁴ Esta peculiar frontera cerró a principios de siglo el gran círculo imperial de los Estados Unidos en el hemisferio norte.

Antes de evaluar la situación actual hay que admitir que a cien años de la guerra hispano-norteamericana las condiciones internacionales son muy diferentes, y los conceptos de soberanía política se han hecho muy relativos a causa de una economía cada vez más globalizada, según la expresión en boga. Apenas hay fronteras económicas. El NAFTA o Asociación de Libre Comercio Norteamericano suscrito por Canadá, Estados Unidos y México, es una buena prueba de la nueva situación. La Unión Europea, sucesora de la CEE, es una demostración todavía más elocuente del debilitamiento de las fronteras internacionales. Es evidente que las cosas han cambiado mucho desde 1898, y que la gran novedad está en el terreno de la cultura, no tanto de la política o de la economía, aunque una y otra forman parte del fenómeno general, como no podría ser menos si por cultura entendemos sistemas totales.

La incorporación, a costa de México, de lo que hoy es el Suroeste de los Estados Unidos supuso la existencia de un gran espacio hispano dentro de las fronteras de la Unión. La vecindad con México —y la contigüidad por extensión con otras repúblicas hispanohablantes— ha reforzado y ampliado una presencia hispana que es abrumadora en Texas, Nuevo México, Arizona, California, y llega tan al norte como Chicago y Washington. La vieja frontera del Lejano Norte español y la frontera angloamericana del *Far West* se han

entrecruzado de tal modo que en un mismo espacio coexisten dos culturas, dos lenguas, dos sistemas de valores y creencias. La influencia de la cultura angloamericana sobre la población hispana es grande, pero los efectos del *melting pot* no acaban de producirse, en contra de lo que ha sido la norma para las demás minorías étnicas del país. La razón más poderosa es la continua inmigración desde México y otras repúblicas más al sur. Factores coadyuvantes son la alta tasa de natalidad entre los hispanos y su aglomeración en las grandes urbes, donde es más fácil mantener enclaves culturales (barrios o *villitas* con vida propia) que en las grandes extensiones de población dispersa y economía agrícola.

El panorama en el noreste y sureste de los Estados Unidos es similar, aunque su historia y sus circunstancias sean diferentes. El estatus de ciudadanos de los Estados Unidos que poseen los puertorriqueños les ha permitido una presencia masiva en el área del Gran Nueva York. La revolución castrista, por su parte, disparó la migración cubana a Florida.

En resumen, las consecuencias indirectas de la remota guerra con México y con España, más lo que pareció en principio un episodio político protagonizado por el comandante Castro, han distorsionado en la práctica las fronteras de 1898. Estados Unidos es ya la cuarta nación de habla española en las Américas. Pronto se situará por delante de España, pues en menos de diez años, los hispanos serán la minoría más grande de la Unión. Desgraciadamente para los hispanos, la cantidad no se corresponde necesariamente con la calidad de vida o el simple bienestar. Los tradicionales prejuicios de la sociedad dominante o *WASP* (blanca, anglo-sajona, protestante) no han desaparecido, más bien se han reforzado en perjuicio de esta creciente minoría. A pesar de todo, las fronteras que hoy más cuentan en América del Norte, como en otros continentes, son las fronteras culturales, étnicas, lingüísticas. Hombres como Theodore Roosevelt —el héroe de la guerra contra España— no pudieron imaginar los cambios en significado y dimensión que al final de un nuevo siglo afectarían a las fronteras establecidas por la política imperialista del siglo diecinueve. Dicho de otro modo, las palabras cambian de significado con el tiempo y los viejos y variados conceptos de frontera no son aplicables sin más a nuevas situaciones, especialmente en un mundo y un tiempo de grandes transformaciones.

NOTAS

¹ Ver Alfredo Jiménez, “El Lejano Norte Español: cómo escapar del *American West* y de las *Spanish Borderlands*”, *CLAHR (Colonial Latin American Historical Review)*, vol. 5, núm. 4 (1996): 381-412. A. Jiménez, “La frontera en América: observaciones críticas y sugerencias”, en María Justina Sarabia et al., eds., *Entre Puebla de los Angeles y Sevilla. Homenaje al Dr. J. A. Calderón Quijano*, 475-494. Escuela de Estudios Hispano-Americanos y Universidad de Sevilla. Sevilla, 1997.

² W. P. Webb, *The Great Frontier*. Cambridge, Mass., 1952.

³ F. J. Turner, “The significance of the frontier in American history”, *Report of the American Historical Association*, 1894: 199-227. American Historical Association, Washington, D.C.

⁴ MERCOSUR integra en un marco eminentemente económico a Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay.

- ⁵ Las Guayanas (británica, holandesa, francesa) son un caso aparte que representaba una situación extrema de colonialismo.
- ⁶ El Caribe fue desde muy temprano escenario de rivalidad internacional, pero los fenómenos de frontera quedaban desdibujados, aguados, por la naturaleza insular de sus tierras.
- ⁷ El territorio de Oregón, donde de repente se manifestó el celo misionero protestante en la década de 1830, pasó a la soberanía de los Estados Unidos tras el acuerdo con Canadá de prolongar la frontera hasta el Pacífico.
- ⁸ La corona española había contado para su empresa indiana con la sanción favorable del Papa a cambio de la evangelización del indio.
- ⁹ Sobre estas cuestiones, ver Jiménez, “El Lejano Norte Español: cómo escapar del *American West* y de las *Spanish Borderlands*”. Jiménez, “Permanencia y crisis de la frontera en la historiografía norteamericana”, *VII Congreso Internacional de Historia de América*, vol. 2: 1061-1078. Gobierno de Aragón, Departamento de Educación y Cultura. Zaragoza, 1998.
- ¹⁰ Jiménez, “El Lejano Norte español: cómo escapar del *American West* y de las *Spanish Borderlands*”, p. 390-391, especialmente la nota 9.
- ¹¹ La obra más representativa y explícita de lo que es y pretende la New Western History es *Trails: Toward a New Western History*, editada por Patricia Nelson Limerick, Clyde A. Milner y Charles E. Rankin. University of Kansas Press. Lawrence, 1991.
- ¹² A. Jiménez, “El fenómeno de frontera y sus variables. Notas para una tipología”, *Estudios Fronterizos*.(Revista del Instituto de Investigaciones Sociales), núm. 40: 11-25. Universidad Autónoma de Baja California. Mexicali, 1997.
- ¹³ Es curiosa la relación que cínicamente podría establecerse entre la antigua tradición de algunas de estas islas como refugio de piratas, corsarios y bucaneros y su función actual de refugio de dineros de origen inconfesado e inconfesable. Las islas *paradisíacas* de los primeros cronistas siguen siendo *paraísos*, aunque fiscales.
- ¹⁴ Jiménez, “El fenómeno de frontera y sus variables. Notas para una tipología”, p. 16.